

La Componenda

Rosa Catarina Piñeiro Farina
3^{er} Premio categoría junior

Lo primero que debe aprender una estudiante que acaba de llegar a la vida de algún campus es a saber prescindir de su madre.

Por el contrario, lo último que debe olvidar cualquier profesor, aunque sea un simple asociado, es la mano protectora de la suya.

Vanesa dejó de echar de menos a la mamá en cuanto le pilló el truco a la hechura de la tortilla de patatas. Le costó algún barrizal de huevo batido por la vitro, pero a mediados del primer cuatrimestre tenía el trauma superado y, después de sobrevivir al modelo de Bolonia, ya trataba con los precocinados de un modo decente y visitaba las páginas de *El Rincón del Vago* con una devoción digna de la mejor militancia.

En otro apartado docente, a sus cincuenta años mal llevados, el titular Bermúdez intentaba finalizar su destete familiar con menos éxito que un submarino descapotable.

Era bien cierto, aquel biólogo, después de bastantes anfetis y de una tesis sin mucho laude había finalizado el ensayo titulado "La influencia de los rayos UVA en los racimos de la Denominación Protegida Ribera del Secarral" y comenzaba a maliciar que figurar en la web de *Patata-Brava* con un millar de descargas era para echarse a temblar. No conseguía el más mínimo respeto. Le tomaban a chufia hasta en los pasillos. El Rectorado acababa de tumbarle una estancia por la cara en el Campus de Tamaulipas y, sobre todo, su propia madre lo tenía por tonto de solemnidad.

Para no perder tiempo en la revisión de las prácticas, Bermúdez, con mucha septicemia existencial, dio en poner las tutorías al final de la tarde. A esas horas evitaba lidiar con el decano y con la mayoría del alumnado. Luego, en el despacho, un rincón íntimo de tan escueto, encendía un cigarro prohibido y confiaba en no tener que padecer la presencia de nadie.

El titular Bermúdez había descubierto que había horas en las que no quedaban dudas que inquirir sino huecos que atiborrar, y ahí ya no surgían preguntas que responder sino conversaciones que alimentar, porque a esa hora, cuando cualquiera delante del espejo dudaría en proceder a aplicar crema de día o de noche en las patas de gallo, incluso resultaba apropiada la confianza que el ensayista Bermúdez reservaba para alguna de sus alumnas más escogidas.

Por fin llegó una con un cierto aquel de bendita insolencia, y el ombligo al aire con una falsa perla en medio del bache abdominal, como haciendo juego con unos ojos de zurita envalentonada.

-Mire, profe, esto de la Patología, ¿tiene algo que ver con las palmípedas?

Durantes solía blasfemar como quien estornuda, pero esta vez supo contenerse con un repentino rasgo de humor.

-¡Seguro! Y con el tío Gilito también. Hay que exterminar el concepto, matarlo bien muerto con el insecticida de la palabra -filosofó Bermúdez, devoto de esa ambigüedad que tanto agrade en la cincuentena, identificado con un sistema que toleraba toda laguna e incluso permitía que gusanos como él pudieran campar por la docencia.

El profe arrugó la frente para acortar la distancia entre las cejas y el pelo en clara retirada. Al sur del ombligo de ella asomaba un trozo de

tatuaje como una isobara que auspiciara tormenta. Debería saber el nombre de la alumna, pero ambos habían ido muy poco por clase a lo largo del curso. Luego, abrió el fichero y procuró una foto para mirarla de soslayo: Vanesa Durantes. Zamorana. Primer curso. Inglés elemental.

-Usted tiene nombre de sociedad anónima -observó.

Ella aceptó sentar y el profesor comprobó cómo las cinturas de los pantalones habían bajado mucho en ese curso, igual que subían las notas del tablón de anuncios, para disculpar la incompetencia mutua. Algunos modelos muy a la moda dejaban ver el espléndido comienzo de la zanja glútea con una redondez apetitosa e insultante, compuesta de dos hemisferios intuidos entre la tersura y el temblor. Bermúdez desplazó la silla lentamente, acomodó la perspectiva y sólo alcanzó algo de sosiego cuando ella aceptó sentarse. Al fin, la reclamación era imprecisa, parcial, huérfana de argumentos y Bermúdez respiró al ver que se limitaba a una simple práctica, porque con la revisión de notas en los exámenes finales solía olvidar cómo corregir los errores y acababa más angustiado que los propios reclamantes, aunque intentase mostrar una severa suficiencia que en realidad denotaba la irreductible aspereza de los inútiles.

-Este año esperaba mucho más del alumnado de este lupanar docente -le confesó a la jefa del Departamento, irreconocible desde que había renovado su vestuario de otoño, convencida de que el peor clima laboral es el climático propio.

-La tal responsable bastante tenía con sus cambios hormonales como para pensar en la caída de nivel de aquel hatajo ovino de inocentes reducidos a la estadística de una conserjería de

segunda. Tragó saliva para disimular una creciente bolsa en su papada:

-Verás, Bermúdez, también yo esperaba mucho más de mí, incluso de esta puta Facultad, pero hace mucho que me resigné a soportarlo.

Bermúdez compuso el mismo gesto de mimética ineptitud con el que firmaba las actas cuando hacía bulto en los claustros y tocaba abortar algún prodigio académico.

-Siempre se espera otra cosa -especuló entonces.

-No piense usted que me dispongo a fumar, señorita Durantes -filosofa ahora, mientras enciende un rubio emboquillado-. Debe saber que todo acto material es cuestionable. El humo no existe, y el cigarro tampoco. Piense usted en que ni siquiera esa puerta, por ejemplo, es lo que pudiera parecerle a algunos. Sin ir más lejos, Platón vería en ella un simple rectángulo en abstracto, pero jamás un objeto ostensible.

Vanesa pareció estar de acuerdo. Quitó otro pitillo, negro esta vez. Lo encendió. Después de la primera chupada, se dispuso a argumentar:

-Esa especie de cuatro, para mí que debería ser un notable alto.

Era admirable tanto atrevimiento, y Bermúdez pensó que subir la nota a instancia de parte también era dominar la abstracción, como Platón. De cierto, el mundo pitaba porque Pitágoras había observado las posibilidades de una hipotenusa cuando los catetos del momento únicamente conseguían apreciar un simple tobogán hacia el precipicio, y el cálculo sólo valía la pena porque algunos llegaban a la conclusión de que un oso polar era apenas un plantígrado triangular al que el GPS le había modificado las coordenadas para elevar el paralelo al cuadrado, convertir un cateto

en hipotenusa y desplazar un cuatro apuradillo para reubicarlo en un notable bien cumplido. Era cierto: para el sistema había poco arreglo, y Bermúdez pensó que bastante tenía él con regular el nivel de colesterol como para pensar en la altura académica de la Universidad. Suficiente era ya tener que bajar la tasa de triglicéridos con urgencia como para tratar de subir el coeficiente de una Facultad como tantas otras huérfana de recursos, decidida a devorarse a sí misma comenzando por su cuerpo docente. Y recordó que al día siguiente tocaba oxigenarse con la presentación de su ensayo sobre los UVA. Con tanta oferta cultural, con tanta animación sustentada en las redes, seguro que no iba a asistir ni el gato. A lo mejor sólo acudirían él y su madre, porque ella nunca fallaba, pero los amables colegas ya se habían disculpado por la ausencia en su página de *facebook*.

Con el decano lo intentó hasta el final, pero no había modo de contar con un tipo tan escurridizo en el que sólo las enormes distancias que marcaba eran superiores a la desmedida extensión de su ego:

-Se dice en el bar que te van a hacer director del Instituto Cervantes en Bengasi, jefe.

-Será en Bengala, porque en Bengasi no hay Cervantes.

-Cuando lo haya.

-Pues se comenta que tú vas a organizar unas jornadas.

-Sí, un cursillo, le llamamos el *máster-charter* porque la condición para que despegue es que se complete la cuota de incautos que apoquinen. Igual te puede interesar darles un *speech*.

-Puto *power point* para almas cándidas. Que te jodan.

La escasa estatura física del titular Bermúdez, inmensa en comparación con su talla intelectual, impidió que le arreara un sopapo al decano. No sin cierta apatía, perseveró:

-Esto no es más que un burdel postmoderno, un salón de apuestas que expende títulos estériles como perritos-piloto en la pedrea del siempre toca. Y tú eres el animador de la tómbola.

-Cierto, pero soy el careto que quedará aquí para los restos, pintado al óleo en la galería de retratos de los decanos, y me ves rebajado de labores docentes por razón de mi cargo, mientras que tú no pasarás nunca de ser un vulgar currante.

-Tanto daño te han hecho los porros que ya no recuerdas que te dejaron sin horas lectivas porque te quedabas dormido en plena clase. Todo el mundo lo sabe.

-Ya, pero sólo gracias a las drogas y a estar bien dotado para una razonable conducta alcohólica, pude llegar al decanato, y a entender el sistema de los grados de Bolonia.

-Pues ya puedes ir quitando las botellas de whisky que escondes en los estantes, detrás de los libros, cabronazo.

Algo etílico debía haber al fondo de las estanterías, igual que bien podrían encubrirse playas de arena fina debajo de los adoquines levantados en mayo del 68, pero ahora lo razonable era ver cómo congregar parroquianos para la charla del día siguiente.

-¿Pertenece usted a los COF, señorita Durantes? -quiso saber Bermúdez.

-El COF es el Colegio Oficial de Farmacéuticos, yo soy miembro fundador de la asamblea de los CAF, Comités Activos de Facultad -corrigió la alumna.

-Verá, podríamos llegar a reconocer el aprobado, pero igual mañana aparece la prensa y convendría que vinieran algunos de ustedes a mi conferencia. No hará falta que atiendan, sólo que estén callados. Lo digo por eso de hacer algo de bulto en la sala -dejó caer con un aire de súplica.

El trato quedó cerrado al momento. Era un simple *do ut des*, un *quid pro quo* elemental, una buena componenda, y la madre del profe iba a estar orgullosa, no sólo de la influencia de los rayos UVA en los racimos sino también de la gran aceptación del titular Bermúdez entre el alumnado.

Al día siguiente, apenas hubo presencia de los medios, pero sí una discreta entrada, algunas preguntas inteligentes y sin embargo oportunas en el tiempo de coloquio e incluso un cálido batir de palmas entre la audiencia abrumadoramente joven. Vanesa estaba en la primera fila, y sin quitarle ojo, una dama que esperaba en el fondo de la sala.

En cuanto finalizó el aplauso, en medio de los parabienes obligados, una docena de alumnos se acercó donde aquella señora parecía esperarles. La mujer parecía sentirse feliz rodeada de estudiantes y, lejos de cualquier besamanos, enseguida echó mano del bolso:

-¿Quién es la de los PAF? -preguntó.

-El PAF es un matamoscas irlandés; Durantes, la representante de los CAF, soy yo -aseguró Vanesa.

-Estuvo todo muy bien organizado, y ha quedado de lo más guay. Mi hijo va a estar contento -aseguró la dama mientras hurgaba en una billetera-, así que ahí van los doscientos euros prometidos, para que os los repartáis.

Hubo un murmullo de virtual agradecimiento entre aquel grupo mayoritario de asistentes.

Y Vanesa tuvo por cierto que el botellón de esa noche, por fin, no iba a ser de garrafa.